

Las primaveras árabes

Santos Castro Fernández

Capítulo cuarto

Resumen

Las denominadas «primaveras árabes» constituyen un proceso de transición política y social, de larga duración, el de mayor alcance tras la descolonización, que se hace presente desde Marruecos hasta los confines del golfo Pérsico. Nace de una explosión moral, de un movimiento ciudadano que se rebela contra Gobiernos depredadores, despóticos y sordos.

La consolidación del proceso, si se logra, dependerá del equilibrio entre los partidos y movimientos del islamismo moderado y asociaciones laicas, con la complicidad activa o pasiva del poder militar. El bloqueo impuesto por autocracias históricas se ha roto. El futuro no será repetición del pasado.

Ante este proceso la Unión Europea no ha elaborado una estrategia de largo recorrido y se ha movido a remolque de los acontecimientos, al tiempo que EE.UU. muestra sus recelos sobre el conjunto del proceso y emergen potencias regionales que juegan un papel protagonista como Arabia Saudí, Turquía e Irán.

Palabras clave

«Primaveras árabes», transición política y social, movimiento ciudadano, islamismo moderado, laicismo, poder militar.

Abstract

The so-called "Arab Spring" is a long-term political and social transition process, the broadest and deepest one after the independence of those countries. The process spreads its effects from Morocco to the borders of the Persian Gulf. Born of the explosion of a citizen movement of moral nature, the population has rebelled against predators, deaf and despotic governments.

To achieve a consolidation process it would be necessary a balance between the lay parties and, on the other hand, moderate Islamic movements, plus the active or passive complicity of military power. The historical blockade stated by the former dictators is broken. The future will not ever repeat the past.

Given this process, the European Union has not yet developed a strategy for long-haul and currently is performing a reactive policy. Parallely the United States shows his misgivings about the whole process while emerging regional powers, such as Saudi Arabia, Turkey and Iran, play a leading role.

Key words

Arab Spring, political and social transition, citizen movement, moderate Islam, secularism, military power.

Introducción

Por la dignidad. Un proceso histórico se ha desencadenado en pro de la dignidad de las personas. Desde hace más de tres años se ha puesto en marcha un profundo proceso de cambio en nuestro entorno geopolítico de gran calado, difícil en su desarrollo e incierto en su final. Hemos convenido en llamarlo, con cierto eufemismo poético, las «primaveras árabes» y su impacto de cambio, y procesos de transformación puestos en marcha, alcanzan desde Marruecos a Yemen y Omán, es decir, desde nuestra más próxima vecindad en la orilla sur del Mediterráneo, clave para España y Europa en general, hasta el golfo Pérsico. Incluye, por tanto, tanto el Magreb como el Máshreq, ese universo árabe-musulmán, tan cercano y al tiempo tan lejano, y termina en la frontera del mundo persa. Hemos querido ofrecer una aproximación a este fenómeno de transformación sociopolítico, el de mayor magnitud vivida por esos países desde su descolonización en el pasado siglo.

Las que han dado en llamarse «primaveras árabes» constituyen un cambio histórico de larga duración, son un proceso de transición política diverso y siempre singular, cuyo término final contemplará variaciones significativas. Por su diversidad en origen, naturaleza propia y singular desarrollo posterior, es por lo que utilizamos una denominación en plural que se acomoda mejor a su compleja diversidad y a su desigual evolución.

Si aparcamos por un momento el sustantivo, «primaveras», y dirigimos nuestra mirada al adjetivo «árabes» tenemos un mundo complejo en el que corremos el riesgo de perdernos si no respetamos su realidad poliédrica, que incluye en nuestro estudio más de una docena de países.

Es posible hablar de nación árabe si queremos expresar la existencia de una lengua y cultura comunes que además coexisten sobre una religión, el islam, de sólido arraigo. Pero a continuación hay que poner, en el mismo plano, las grandes diferencias que presentan las sociedades y naciones de ese llamado «mundo árabe». En Occidente, en términos generales, no hemos sido sensibles a esas diferencias y nos hemos limitado a una visión unitaria simplificada.

Para acercarnos a comprender este hecho histórico debemos corregir nuestras apreciaciones formuladas desde la mentalidad occidental. En un primer momento, en los meses iniciales, el movimiento de las «primaveras árabes» fue sobrevalorado, llegando a formularse comparaciones con los procesos de transición democrática en el Este de Europa tras la caída del muro de Berlín. En momentos posteriores, al cabo de tres años, se ha pasado al extremo contrario, a devaluar las «primaveras árabes», a considerarlas un proceso confuso de corto recorrido, sin capacidad de transformación del mundo árabe-musulmán, con final incierto. En realidad todavía no tenemos la perspectiva suficiente para enjuiciar la mag-

nitud y el alcance final de un cambio que, sin duda, será de gran calado. Estamos ante un proceso de transición política y social que puede durar cinco, diez o más años.

En ningún caso debe abordarse el análisis de las primaveras árabes desde el eurocentrismo académico de los estudios sobre las revoluciones burguesas de los siglos XVIII y XIX. Las circunstancias y el contexto histórico son muy distintos de aquellas épocas.

La realidad histórica en la que hay que enmarcar los hechos que estamos contemplando es, en apretada síntesis, la siguiente: supresión del Imperio otomano tras la Gran Guerra y rediseño de los territorios desgajados bajo el liderazgo de las potencias europeas, básicamente Reino Unido y Francia. Posterior proceso de descolonización tras la segunda guerra mundial; dificultades sufridas en la construcción de Estados-nación y a la postre corrupción endémica a manos de Gobiernos despóticos y depredadores, incapaces a la hora de satisfacer las demandas sociales de los ciudadanos y contrarios a desarrollar y modernizar sus países.

El debate sobre la naturaleza política y cultural de las «primaveras árabes» está en sus inicios y solamente se han formulado posiciones preliminares que, en breve tiempo, los acontecimientos sobre el terreno se encargan de desmentir. En concreto la propia calificación alternativa de revuelta cívica o revolución política de aquel masivo movimiento de protesta social y política no ha encontrado, hasta el momento, una definición precisa, circunstancia que nos permite y alienta a seguir recurriendo a la bella expresión de las «primaveras árabes», que describe de modo sugerente el inicio esperanzador pero se queda corta para englobar el tiempo transcurrido, la diversidad de caminos recorridos y un futuro sin definir.

Calificarlas, como se ha hecho en ocasiones, de «revoluciones abortadas» es adoptar una posición prematura y poco atinada, y más parece una visión sesgada aunque apoyada en el hecho cierto de haber visto en la región, desde los procesos de independencia, numerosos precedentes de intentos modernizadores frustrados.

Lo que ya hemos vivido es una vigorosa explosión moral de la multitud, un gran movimiento ciudadano para, ante la escandalosa e insufrible injusticia sufrida a manos de Gobiernos depredadores y sordos, recuperar la dignidad de las personas. En ningún caso se ha planteado una revolución ideológica de corte occidental.

Dos elementos han sido destacados por todos los expertos y ocupan lugar preeminente en las crónicas de los hechos. En primer lugar el protagonismo de los jóvenes, segmento de población mayoritaria en estos países y carente de futuro, y en segundo lugar el papel jugado por las tecnologías de comunicación. Las capacidades de comunicación social aportadas por los dispositivos tecnológicos de última generación, jun-

to a la televisión por satélite en árabe, han sustraído a los regímenes políticos su ancestral monopolio informativo. Las múltiples fórmulas de comunicación, y en especial las redes sociales impulsadas por los jóvenes, han dado una nueva dimensión a la tradicionalmente llamada «calle árabe», antes sumisa ante el poder y hoy contestataria, transformándola en un espacio político compartido: la plaza de la democracia, cuyo icono ha sido, y será para siempre, la plaza Tahrir de El Cairo.

Tenemos ya la distancia suficiente para intentar explicar las razones profundas, los procesos sociales que están en la base de un cambio histórico de tanta magnitud. Una acertada síntesis en la que los analistas coinciden nos la ofrece Lluís Bassets al afirmar que hay cinco claves para explicar lo sucedido: «El peso de los jóvenes en estas sociedades; la coyuntura económica y especialmente el incremento de los precios de los alimentos; las inciertas sucesiones de autócratas instalados en el poder durante decenios; las nuevas formas de comunicación política y, finalmente, el ciclo de cambios geopolíticos y de desplazamiento del poder mundial en el que se inserta esta oleada revolucionaria».¹

Las «primaveras árabes» son un largo proceso en busca de una libertad propia, no de una libertad trasplantada del mundo occidental. Se busca algo más que la autonomía individual y una mejor sociedad de consumo con oportunidades para todos, se quieren encontrar y asentar unos principios morales que no son miméticos de los occidentales. Se busca una higiene moral para una sociedad expoliada y humillada, donde prosperan por sistema la corrupción y el nepotismo. En bellas palabras de Tahar Ben Jelloun: «Una página de la historia que se va escribiendo día a día, sin plan, sin premeditación, sin trampas ni trucos. A semejanza de los poetas, que escriben bajo el dictado de la vida y se rebelan para lograr días mejores».²

No sabemos el curso que seguirá un proceso de cambio todavía no consolidado. El ejemplo más significativo de variación de alternativas y trayectorias, y el de mayor peso en la región, es Egipto. A grandes rasgos ya se han vivido en este país tres etapas, tres constituciones y varios cambios de gobierno. En un primer momento el movimiento popular de amplio espectro logró derrocar al presidente Mubarak y los herederos naturales de la protesta, los Hermanos Musulmanes, ganaron unas elecciones libres para posteriormente excluir al resto de las fuerzas políticas y sociales posibilitando el golpe militar de agosto del 2013 y así iniciar una tercera etapa, todavía no suficientemente definida, que protagoniza el mariscal Al Sisi.

¹ Lluís Bassets. *El año de la revolución*, Taurus, Madrid, 2012, p. 331.

² Tahar Ben Jelloun. *La primavera árabe*, Alianza, Madrid, 2011, p. 40.

En conjunto en todos los países implicados en las «primaveras árabes», se mantiene un futuro incierto. Turbulencias sociales, incertidumbres políticas, profunda crisis económica, marginación de amplias capas de la sociedad, enfrentamientos étnicos y religiosos, y fragmentación del liderazgo son algunas de las cuestiones claves que no permiten ver un pronto equilibrio y estabilidad sociopolítica en la región.

Adelantemos como planteamiento general que el equilibrio necesario deberá establecerse, si se logra, gracias a un entendimiento que nazca del encuentro entre los partidos y asociaciones de corte islamista y los movimientos laicos de corte liberal, con la complicidad activa o pasiva de los militares. El proceso de transición en el que están inmersos estos países verá un pulso entre el islamismo y el laicismo y la situación final será de corte democrático si se encuentra entre ambos un equilibrio; en caso contrario veremos renacer, con apariencia de cambio o retoques cosméticos, los viejos sistemas autoritarios o despóticos.

Porque el papel que van a desempeñar el islamismo político en complicidad con el laicismo secular, junto con la posición del poder militar, constituyen los elementos determinantes del proceso, de su esperanzador éxito o de su también posible fracaso. Posteriormente la clave será encontrar vías para la mejora de vida de amplias capas y grupos sociales hoy excluidos y sin horizonte para desarrollar una vida digna y asegurar un futuro para sus familias.

La cuestión clave en el diseño constitucional de los Estados que emergen del proceso de transición será el encaje entre laicismo secular e islamismo moderado. Dicho en otros términos, se requiere como elemento de convivencia contar con un islamismo político integrador, no excluyente, como lo fue el impulsado por el presidente Mohamed Morsi en Egipto.

El núcleo del problema, tal y como se está viviendo en los procesos constituyentes que hemos conocido, el de Túnez felizmente resuelto, radica en encontrar una salida equilibrada al afrontar la naturaleza confesional o no del Estado. Y este dubitativo islamismo político tiene básicamente dos modelos a los que mirar, Turquía e Irán, porque lo que llamamos islamismo político no es, ni mucho menos, un bloque monolítico; por el contrario, presenta una gran diversidad fruto de las distintas historias nacionales y de las peculiares orientaciones fijadas por sus líderes. Como afirma Sami Naïr, «la cuestión del laicismo constituye en realidad el nudo gordiano del planteamiento estratégico presente y futuro».³

Tras los más de tres años transcurridos el islamismo político se ha manifestado como el protagonista final del proceso de transición y consolidación institucional. Es verdad que los analistas internacionales en las etapas iniciales, por falta de referencias, por inercia intelectual o por simple

³ Sami Naïr. La lección tunecina, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011, p. 241.

mimetismo, interpretaron los acontecimientos según pautas del modelo laico europeo. También es verdad que este desenfoque fue motivado porque en las protestas iniciales se hizo oír con mayor peso el secularismo laico que la voz de las mezquitas, pero ese momento fue pronto sobrepasado. Los nuevos valores que en los primeros momentos inspiraron las revueltas fueron: *libertad, justicia y dignidad*. Estos valores constituyen una ética política, no un dogma religioso. Pero cuando las calles y plazas perdieron protagonismo y se pasó a negociar en los despachos el islamismo tenía una mejor posición para afrontar la etapa de táctica política a la que estaban acostumbrados, al tiempo que afloraba su ventaja para la operativa electoral.

El islamismo no fue el protagonista en la fase inicial, cuando de lo que se trataba era de eliminar a los dictadores. Pero a partir de ese momento, en la fase de configurar gobiernos provisionales que se hiciesen cargo de iniciar el proceso de transición, el actor político mejor situado era el islamismo. En realidad ya estaba actuando con anterioridad mediante políticas sociales a favor de capas urbanas desfavorecidas. Cuando las revueltas cobran fuerza el islamismo se mantiene en un segundo plano, a la expectativa del resultado final. Posteriormente ha utilizado su capacidad de atracción en la cita con las urnas gracias a su consolidada organización en el entramado social. Tras sus éxitos electorales la agenda de los procesos de transición ha estado marcada más por el islamismo político que por el laicismo.

Pasados los momentos eufóricos de eclosión del movimiento reclamando la salida de los dictadores, pronto se pudo ver que el islamismo político era la única corriente estructurada, organizada, con amplia base social, frente a un laicismo consistente pero plural, por lo general fragmentado, que en muchas ocasiones confundía sueño con realidad.

Hay que añadir que el islamismo político en general ha sido capaz de flexibilizarse, salvo en el caso de los Hermanos Musulmanes en Egipto, hasta llegar a adoptar en gran medida el lenguaje de cambio y modernidad del inicio del movimiento popular. Pero al mismo tiempo ha logrado que la religión no quede limitada al ámbito de la vida privada y las creencias personales, sino que inspire la vida colectiva y tenga reconocimiento constitucional. Serán las nuevas Constituciones las que, en cada país, encuentren un equilibrio entre valores laicos y un islamismo moderado, todo ello bajo la atenta mirada del poder militar.

Porque hay una dualidad política y cultural que subyace en las primaveras árabes y hace más complejo el proceso de transición que estas sociedades están viviendo. Lo expresa Sami Naïr en apretada síntesis: «Se trata de una explosión sobrevenida en una sociedad que prácticamente, objetivamente, se vio secularizada en sus estructuras más básicas (economía, instituciones, cultura dominante), pero en la que, precisamente

debido a las formas dictatoriales del poder, la secularización no fue mentalmente consciente más que en grupos restringidos: jóvenes centrados en la cultura de la mundialización, clases de hombres de negocios, capas medias en contacto directo con la modernidad occidental». ⁴ Son sociedades duales en las que solamente algunos segmentos sociales se pueden considerar secularizados, pero la gran mayoría de la sociedad vive en un universo cultural guiado por la religión.

Antecedentes del conflicto

El centenario de la Gran Guerra europea y mundial nos invita a ampliar el foco de nuestra mirada y abarcar al menos el último siglo, no por la magia de la cifra redonda de 100 años, sino porque una comprensión de las «primaveras árabes» requiere situarlas en la perspectiva histórica correcta y ello nos obliga a retroceder al menos hasta ese momento clave de la historia mundial.

La Gran Guerra puso punto final a cuatro Imperios, entre ellos al Imperio otomano, al que las denominadas grandes potencias europeas se referían desde el siglo XVIII con el calificativo de «enfermo de Europa». Su enfermedad crónica avanzaba en paralelo con las apetencias del resto de los Imperios europeos de ampliar sus áreas de influencia y sus dominios territoriales a su costa. Será en Versalles, por lo que respecta a Alemania, y en los sucesivos tratados para el resto de los países derrotados, donde se dibuje el nuevo mapa sobre todo para la Europa central y oriental, los Balcanes y Oriente Medio, con el generoso reparto, a favor de los vencedores, de territorios que había configurado el Imperio otomano. La desmembración del Imperio otomano a manos de británicos y franceses se acuerda en el Tratado de Sèvres, nunca ratificado, rechazado de inmediato por los *jóvenes turcos* tras la ocupación griega de Esmirna, y definitivamente en el 1923, tras la guerra de independencia turca, en el Tratado de Lausana en el que la nueva Turquía republicana renuncia a los territorios árabes del viejo y desaparecido Imperio otomano para centrarse en la construcción de una República turca. Su apuesta estratégica cambia radicalmente, ya no es liderar un Imperio diverso y disperso sino construir una «República» de nueva planta, una República «turca» sin califato alguno en la cúpula del poder político.

Si fijamos nuestra atenta mirada en los acontecimientos de los últimos 25 años, tras la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS, podemos observar que las guerras en la península de los Balcanes en los años 90 y la actual guerra en Siria e Irak, tienen lugar precisamente en los extremos, en las fronteras occidental y oriental, del aquel extinguido Imperio otomano; con una variación que también tiene su origen remoto

⁴ Sami Naïr. ¿Por qué se rebelan?, Clave intelectual, Madrid, 2013, p. 190.

en el París del año 1919: Gran Bretaña cede el liderazgo a los EE.UU., es decir los intereses y el protagonismo del entonces Imperio británico, por lo que respecta a Irak y en general a Oriente Medio, son representados y asumido por el nuevo Imperio, los EE.UU. de América.

Es en este mismo escenario, que va desde el poniente del Magreb hasta el levante del Máshreq en los límites del mundo persa, donde han tenido lugar las revueltas y procesos de transición política que agrupamos colectivamente bajo la expresión cálida de «primaveras árabes». En el periodo intermedio entre la Gran Guerra y la actualidad está el reparto de zonas de influencia, el artificio de asentar en varios países monarquías amigas manejables, la difícil administración de los mandatos francés en Siria y Líbano y británico en Palestina y tras la segunda el proceso descolonizador y la creación de estados independientes bajo repúblicas de corte militar o monarquías tradicionales. En la cuneta de este largo camino recorrido queda el intento de una comunidad política panárabe y los clásicos y obligados alineamientos dentro de los esquemas de la Guerra Fría.

La historia, la cultura y la geografía operan en un horizonte de «larga duración», y al final acaban tomándose cumplida revancha. Muchos de los países trazados con tiralíneas con los extensos despojos del enorme Imperio otomano que incluía y toleraba una rica mixtura de religiones, culturas y etnias, no han sabido o podido consolidarse como regímenes políticos estables. Sin duda el diseño inicial, el reparto por interés de las distintas zonas de influencia entre franceses y británicos, en nada ha dejado a la posteridad una fácil tarea. Sin entrar en detalles solamente me permito recordar que el artificial Irak se crea poniendo juntas tres provincias muy diferentes del antiguo Imperio otomano que entonces gozaron de administración diferenciada y que posteriormente solo bajo una férrea dictadura, la ejercida por Saddam Hussein, ha presentado engañosa apariencia de país unido. Los problemas creados por aquel reparto subsisten y afloran con posterioridad, en este caso bajo la demanda de libertad y dignidad de las que estos pueblos han sido privados. Entre tanto y tras la descolonización, Occidente en general y Europa en particular estableció y mantuvo relaciones de buena amistad y vecindad con gobiernos autócratas que, bajo regímenes monárquicos o republicanos, no eran sino severas dictaduras respetadas y consentidas por su aportación a la «estabilidad y seguridad» del Magreb y Oriente Medio.

Este mundo, que desde la descolonización ha vivido en la falsa estabilidad de regímenes autoritarios o despóticos que no han modernizado la sociedad, es el que es cuestionado en diciembre de 2010 iniciándose una etapa de cambio cuyo alcance y final todavía no podemos aventurar. Pero situémonos ya en el inicio de estas revueltas y veamos su reciente evolución.

Las primaveras árabes arrancan el 17 de diciembre de 2010, cuando Mohamed Bouazizi se inmola prendiéndose fuego ante la sede del Gobierno provincial en Sidi Bouzid, una pequeña ciudad del interior de Túnez. Se trata de un joven universitario que tras la muerte de su padre ha tenido que abandonar los estudios y hacerse cargo de su familia, siete miembros, y que como tantos otros en el Magreb ha recurrido a la venta ambulante de frutas y verduras. Su decisión de inmolarsse es un supremo gesto de protesta por la actuación de la policía municipal que, tras bofetadas y escupitajos, le ha confiscado su carreta por desorden en la vía pública.

Mohamed ha buscado una muerte que fuese reconocida, que resultase útil para los demás y lo ha conseguido. Podía pensarse que es un hecho sin trascendencia, un acontecimiento banal, pero su acción desencadena una masiva protesta ciudadana, de inmediato local y pronto nacional, que en un mes, el 15 de enero de 2011, provoca el derrocamiento del dictador Zine El Abidine Ben Ali, refugiado en Arabia Saudí, tras 25 años de ejercicio de un poder despótico.

Su sacrificio es la chispa que ha incendiado una revolución espontánea en cuyos inicios no interviene partido político alguno. Ni tampoco el activo sindicato tunecino de la UGTT se hace presente en los primeros días, si bien en la fase final tratará de encontrar su espacio. Tampoco los islamistas son protagonistas de nada y se encuentran desorganizados. Las demandas son de carácter democrático y de naturaleza secular, no dejan hueco a los islamistas de Ennahda que deciden esperar un momento posterior, estrategia que será copiada por los Hermanos Musulmanes en el caso de Egipto. Sami Naïr lo describe con precisión de observador y conocedor privilegiado: «Las consignas de los manifestantes son laicas: reclaman libertad de expresión, de organización, de opinión; pluralismo político, respeto por los derechos humanos, el fin de la dictadura policial... resumiendo, el respeto, más que nada, por fin, a la dignidad».⁵

Todo se produce en un contexto de grave degradación del régimen, corrupto sin conocer límites, del coloquialmente llamado «clan de los Ben Ali-Trabelsi».

El efecto contagio es inmediato y los personifica un *tweet* que se difunde por todos los países del mundo árabe-musulmán: «Todos los líderes árabes observan Túnez con miedo, todos los ciudadanos árabes observan Túnez con esperanza y solidaridad». Es el estado de ánimo generalizado con el que nacen las primaveras árabes. Por fin se percibe colectivamente que la libertad se puede alcanzar con una decidida movilización ciudadana porque ha dejado de ser una maldición inexorable el despotismo de los dirigentes nacionales.

⁵ Sami Naïr. ¿Por qué se rebelan?, Clave intelectual, Madrid, 2013, p. 162.

Tras Túnez el siguiente movimiento relevante se produce en Egipto. El 25 de enero la plaza Tahrir de El Cairo es testigo de una gran manifestación contra el todopoderoso presidente Hosni Mubarak que es reprimida con dureza pero su ejemplo se contagia a otras ciudades del país.

La denominada «calle árabe», que ha sido históricamente manipulada por los dirigentes y utilizada a su capricho, se ha transformado en un movimiento ciudadano que reclama su derecho a la libertad democrática.

Hay que destacar que, tras las primeras jornadas, el Ejército egipcio, actor determinante a lo largo del proceso, valora positivamente el movimiento de protesta, lo considera dotado de legitimidad, y anuncia que no utilizará su fuerza contra los manifestantes. Tanto en Túnez como en Egipto el Ejército ha rechazado desde el primer momento la actuación represora que se le solicita.

El movimiento se muestra veloz e imparable. La chispa encendida en Túnez ha prendido en el abundante material inflamable que ofrece su entorno y el incendio se extenderá desde Marruecos hasta Omán. El 11 de febrero Hosni Mubarak abandona el poder, huye y se refugia en su mansión de Sharm el Sheij en el mar Rojo; terminan treinta años de dictadura. Los militares se hacen con el poder y el mariscal Tantawi rinde homenaje a las víctimas de la represión. En la plaza Tahrir se vivió un momento mágico que quedará en la historia, un momento en el que lo imposible se presentó como real, en el que una democracia durante tantos años anhelada se podía tocar con las manos y sentir en el corazón. Si se me permite introducir una pequeña broma lo haré recogiendo la «*nukta*», el chiste, que se cuenta en Egipto y que relata Ben Jelloun: Mubarak muere y llega al infierno. Lo reciben sus dos predecesores presidentes, Anwar el Sadat y Gamal Abdel Nasser. Ambos le preguntan: «¿Te mataron de un disparo o te envenenaron?». Mubarak les responde: «¡Me mató Facebook!».

En Egipto el movimiento ciudadano, nacido en una pequeña ciudad tunecina, adquiere envergadura histórica y se proyecta con fuerza sobre otros países. En diversa medida y alcance el proceso iniciado en Túnez alcanzará la totalidad del Magreb desde Marruecos a Libia y el Máshreq, el Levante, incluyendo Egipto, Siria, Jordania y la totalidad de países de la península arábiga hasta Yemen y Omán.

Hay que destacar que ni en Túnez ni en Egipto el islamismo como tal, con su estructura y organización, ha desempeñado un papel relevante. No ha estado en la primera línea de la oleada de empuje ciudadano que ha derrocado a los dictadores.

El movimiento de revuelta, que tiene en sus inicios tintes revolucionarios, está protagonizado por una generación de jóvenes, incluidas las mujeres, que es sobre todo urbana, cultivada, sin horizonte profesional, abandonada por sus dirigentes, junto con capas sociales acomodadas pero

marginadas por la corrupción del poder y que se organiza a través de las redes sociales al alcance de sus teléfonos móviles y demás dispositivos digitales.

El movimiento adquiere una dimensión regional, es el conjunto del universo que incluye el Magreb y el Máshreq el que se ve afectado, incluido el núcleo de los países que integran Oriente Medio, en especial Siria.

La marea crece y se expande simultáneamente a Maná (Bahréin), Saná (Yemen) y a Bengasi, la capital de la Cirenaica (Libia) donde se inician las protestas contra Gadafi. El Gobierno argelino deroga el estado de excepción que impedía las manifestaciones desde 1991. Hasta el Sultán de Omán, Qabús Bin Said decide una amplia remodelación del Gobierno. El día 27 de febrero de 2011 en numerosos países árabes tienen lugar manifestaciones que reclaman profundos cambios políticos: Jordania, Yemen, Bahréin, Túnez, Egipto, Siria y Libia.

En solamente tres meses todos los países árabes desde Marruecos en el Atlántico hasta los emiratos del golfo pérsico están, en distinto grado, bajo la marea de las revueltas ciudadanas que exigen reformas políticas a sus gobiernos.

Dos dirigentes plantean un rechazo frontal a las demandas: El Asad en Siria y Gadafi en Libia.

En Libia una coalición internacional que lideran EE.UU. Reino Unido y Francia, los mismos que lideraron los Tratados de París tras la primera guerra mundial, pero que en esta ocasión cuenta con la presencia de cinco países árabes, inicia el ataque al régimen del coronel Gadafi, al amparo de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

El Grupo de Contacto para Libia lo integran: ONU, Liga Árabe, OTAN, Unión Europea, Confederación Islámica y Consejo de Cooperación del Golfo. Pero en el caso de la Unión Europea se produce una importante fractura por la negativa de Alemania a sumarse a la operación militar. Alemania abandona a sus socios, Unión Europea y EE.UU., y hace suya la posición de Rusia y China. Se presenta ante el mundo no como un miembro de la OTAN, sino como un aliado, aunque coyuntural, de los países emergentes.

La guerra civil en Libia, con intervención militar de una coalición internacional, termina con el régimen pero deja abiertos los enfrentamientos internos. El 20 de octubre de 2011 muere el coronel Gadafi en ejecución sumaria, sin juicio, todo un mal presagio para el futuro del país.

Hay que recordar que en Libia no existía poder institucionalizado sino un poder personal y exclusivo del coronel Gadafi. Su caída supuso la caída total del régimen porque nunca le interesó construir estructuras de Estado; por ello los escombros que quedaron tras el derrumbe fueron mi-

licias regionales y locales, muchas contaminadas por grupos islamistas radicales.

También resultó largo y complejo el enfrentamiento tribal y sectario en Yemen. Su presidente Ali Abdalá Sale aceptó en varias ocasiones entregar el poder e iniciar un proceso de transición político pacífico. No pudo ser así; por el contrario el país se sumió en un caos generalizado, enfrentamientos tribales, muertes en las manifestaciones e incluso ataques de Al Qaeda al Ejército yemení en un intento de hacerse con el poder. Finalmente el 23 de noviembre de 2011 el presidente entrega el poder después de lograr un acuerdo con la oposición por el que se asegura la inmunidad.

Tras su primer año el movimiento nacido en una modesta población de Túnez puede hacer balance y contemplar cambios que eran inimaginables. Cuatro dictadores han desaparecido: Ben Ali está en el exilio; Mubarak en la cárcel; Gadafi ha sido ejecutado y Salé está fuera del poder.

Pero otros hechos son quizás más relevantes. En Túnez el 23 de octubre se han celebrado las primeras elecciones libres con la victoria del partido islamista Ennahda. Hasta las monarquías conservadoras han movido ficha. El rey Abdulá Abdulaziz de Arabia Saudí anuncia que en las elecciones municipales de 2015 las mujeres tendrán derecho de sufragio activo y pasivo. En Marruecos Mohamed VI anuncia profundos cambios constitucionales en respuesta a las exigencias planteadas por los jóvenes del Movimiento de 20 de febrero, así como elecciones legislativas anticipadas.

Situación actual del conflicto

En cuatro países el régimen ha caído con dosis muy diferentes de violencia y dramatismo en los enfrentamientos: Túnez, Egipto, Yemen y Libia.

Siria continúa en una espiral de inseguridad creciente, con varias guerras civiles entrecruzadas y un presidente que ha decidido luchar desesperadamente por su permanencia y una situación de bloqueo internacional protagonizado por las grandes potencias que reconstruyen, en un cierto modo, las estrategias de la Guerra Fría. Este bloqueo ha sido escenificado de modo palmario en el fracaso de las negociaciones de Ginebra. El modesto logro de la Conferencia ha sido el compromiso de un pasillo humanitario para la salida de 500 familias atrapadas durante más de 18 meses en la ciudad sitiada de Homs. El único resultado en palabras del mediador de la ONU Brahimi es que «ambas partes se acostumbren a sentarse en una misma sala». Siria tiene en este volumen colectivo un estudio específico al que me remito.

En Túnez tenemos un caso de éxito que nos permite configurar un camino a seguir en otros procesos de transición todavía inciertos. Egipto es por su peso en el mundo árabe una de las claves para el conjunto de las «primaveras árabes» y al mismo tiempo presenta grandes incógnitas en su devenir.

Tras el entusiasmo inicial la situación en prácticamente todos los países implicados ha ido evolucionando hacia una volátil inestabilidad política, con bloqueos en el proceso de transición e incluso procesos contrarrevolucionarios. En conjunto la situación de «seguridad» presenta riesgos que en países de mayor fragilidad se ha convertido en grave problema, como es el caso de Yemen, Libia, Siria o Irak, abriendo espacios a la presencia de grupos yihadistas de diversa naturaleza.

Las monarquías árabes han soportado mejor el movimiento provocado por las revueltas y ninguna ha sido derrotada, si bien en Bahréin ha sido necesaria la intervención de Arabia Saudí para mantener al régimen. Las monarquías gozan de un plus de legitimidad por su hondo arraigo cultural y la vinculación tradicional en el islam del poder político a la religión, pero al mismo tiempo hay que señalar que se han mostrado en algún sentido sensibles y capaces de introducir desde el primer momento reformas políticas y adoptar medidas sociales favorables a sus súbditos. En el caso de las monarquías del golfo han inyectado enormes recursos económicos en la sociedad. Sin embargo los problemas básicos permanecen y la población de estas monarquías mantendrá sus expectativas y exigencias de mayores reformas.

En Marruecos el rey Mohamed V ha realizado, cumpliendo su promesa, una reforma constitucional, si bien no cabría otorgar al texto nada más que la condición de Carta otorgada; en todo caso el monarca se ha impuesto límites a sus exorbitantes poderes dando mayor protagonismo a su Gobierno y al Parlamento. Las elecciones legislativas celebradas tras la reforma fueron ganadas, como en otros países, por los islamistas moderados del Partido Justicia y Desarrollo. Es precisamente el desarrollo social y económico equilibrado del país la asignatura pendiente, así como la reforma en profundidad del modelo de gobernanza construido entorno a Palacio.

La dinastía Saud en Arabia Saudí tiene abierto el proceso de sucesión sin dar todavía un decidido cambio generacional y deberá encontrar un marco de convivencia con su minoría chiita a la que acusa de servir intereses foráneos. El rey nació en 1923 y ha nombrado a un heredero nacido en 1933. La dinastía está todavía en la primera generación: todos los reyes y príncipes herederos han sido hijos del fundador de la dinastía. Su pulso por mantenerse como potencia regional de primer orden está viviendo momentos determinantes.

Es posiblemente el Emirato de Catar el que ha aprovechado las «primaveras árabes» para ganar posiciones, todavía más de las que había logrado, en el ámbito internacional, mostrando una independencia creciente respecto a Arabia Saudí y una capacidad de liderazgo que ejerce sin rubor. Sin especiales problemas en su interior, el Emirato se ha implicado en la guerra civil de Siria apoyando a los rebeldes y participando activamente en el diálogo y mediación como actor reconocido de influencia regional.

Túnez, un pequeño país, muestra el camino a seguir y es hoy el modelo de transición política. Con éxito ha tenido graves tensiones y momentos de bloqueo pero, finalmente, es el ejemplo de acierto frente a sus vecinos de Libia y Egipto. El momento más difícil se planteó en febrero y julio de 2013 con el asesinato de dos diputados izquierdistas Chokri Belaïd y Mohamed Brahmi a manos de islamistas extremistas. Pero finalmente la aprobación de la Constitución es el hito fundamental en su hoja de ruta para culminar una transición democrática. Túnez tiene por fin su primera Constitución democrática a los 57 años de alcanzar su independencia.

No ha sido tarea fácil y ha consumido dos largos años con momentos de alta tensión pero ha logrado un amplio consenso. Inicialmente los islamistas de Ennahda plantearon un texto paralelo, con pequeñas diferencias, al de los Hermanos Musulmanes en Egipto. El pilar básico del texto era la *sharí*a, la ley islámica, como fuente del derecho, modelo constitucional de corte teocrático. La presión ejercida por la sociedad civil obligó a hacer concesiones y los islamistas comprendieron que el pueblo tunecino reclamaba dar el paso a la modernidad, hacer una ley fundamental que separase la religión del Estado.

Los pasos definitivos para, tras largo retraso, aprobar la Constitución se dieron en el otoño de 2013 gracias al diálogo y entendimiento del partido islamista Ennahda con los partidos laicos y la fructífera mediación del poderoso sindicato UGTT. Este pacto de gran calado incluyó la dimisión del Gobierno encabezado por un islamista Ali Laarayed y su sustitución por una personalidad independiente.

Los pasos dados constituyen una plataforma de entendimiento para una sociedad del siglo XXI.

El texto constitucional garantiza no solo la libertad de culto, que también existe en otros países, sino la libertad de conciencia y creencia, proclama la igualdad de derecho a creer y a no creer, la posibilidad de renuncia a la fe islámica y cambiar de religión, al tiempo que se reconoce la plena igualdad para la mujer y el hombre.

La Asamblea Nacional Constituyente (ANC), en la que el partido islamista moderado ha tenido el 40% de sus 217 escaños, ha marcado un camino de equilibrio y consenso entre islamistas y laicos, clave de bóveda para una transición inclusiva y democrática.

A pesar de las buenas perspectivas para el futuro de Túnez, el líder islamista Rachid Ghanouchi en una reciente entrevista (*El País* 22/01/2014) advierte que el proceso no está libre de obstáculos y se pueden producir sorpresas desagradables. La principal puede ser la acción terrorista. En la sierra de Chaambi, en el oeste del país, cerca de la frontera con Argelia, un puñado de yihadistas resisten desde hace más de un año los asaltos del Ejército.

Egipto ha vivido un vértigo revolucionario sin alcanzar nunca la estabilidad ansiada. El éxito inicial de la revolución y las primeras elecciones libres que llevaron a Morsi a la Presidencia terminaron en un golpe de Estado que fue justificado por la intransigencia y arbitrariedad de los Hermanos Musulmanes en el ejercicio del poder.

El proceso de elaboración de una nueva Constitución en 2014, el tercer texto en tres años, ha sido extremadamente reservado y nada participativo quedando los dirigentes políticos excluidos de cualquier papel activo o, al menos, consultivo. Ha sido redactada por una Comisión de expertos elegidos por el Gobierno provisional presidido por Hazem al Beblawi, veterano militante del Partido Socialdemócrata nombrado en julio de 2013 tras la caída del presidente Morsi. Las dificultades para redactar el texto han sido múltiples y hasta el debate de qué es Egipto ha consumido largas horas de controversia entre los 50 integrantes de la Comisión. El acuerdo final es digno de ser reseñado por su excepcionalidad en el derecho constitucional: «Egipto es un don del Nilo a los egipcios, y un don de los egipcios a la humanidad».

El texto constitucional no parece resolver de modo satisfactorio los problemas y disfunciones que aquejan al Estado egipcio. La Constitución del 2012 en nada respondía a las demandas cívico-políticas que se plantearon en la plaza Tahrir y por ello sus detractores la calificaron de islamista. Pero hay que reconocer que el presidente Mohamed Morsi ganó dos elecciones: las presidenciales que le auparon al poder y las que ratificaron su Constitución islamista, pero nunca alcanzó un consenso social. Se enfrentó a una amplia oposición laica, a las clases urbanas de clase media y, sobre todo, a dos poderes fácticos: el poder judicial y el poder militar, garante de la seguridad del país.

El texto de 2014 reproduce, en sentido inverso, el anterior y permanente desequilibrio de poderes del Estado impuesto por los Hermanos Musulmanes.

Esta Constitución, la última de este permanente proceso «constituyente» de más de tres años, incurre en un nuevo desequilibrio, esta vez a favor del poder militar fáctico que dirige el país, hasta el extremo de ser calificada por el depuesto Mubarak de «magnífica» y merecedora de su propio voto afirmativo si su salud se lo permitiera. La Constitución ha

sido aprobada en referéndum con un 38% de participación y un 98% de voto afirmativo.

La realidad sociopolítica se impone; en realidad nada ha cambiado en estos años. En 2014 Egipto es tan islamista como hace tres años y el poder militar, tras el intermedio gubernamental de los Hermanos Musulmanes bajo la Presidencia de Morsi, ha recuperado su poder e influencia. Se produce, en otro contexto, el retorno al inicio de la primavera árabe. El poder militar expulsó a Mubarak y ese poder militar, rejuvenecido y con una nueva legitimidad nacida del papel de árbitro desempeñado, vuelve a detentar el poder. En realidad en 2014 Egipto es más militar que en 2010, porque si bien el trayecto recorrido es circular y va desde el derrocamiento de un militar nacido en 1928, el general Hosni Mubarak, al encumbramiento en 2013 de un militar, el mariscal Al Sisi nacido en 1954, el poder militar se rejuvenece en una generación.

Lo que ha ocurrido, como en todo proceso contrarrevolucionario, es una polarización social que se traslada al ejercicio del poder político. Por un lado el Ejército, con las fuerzas policiales, ha logrado aglutinar a la judicatura, muy importante en Egipto tras su profesionalización bajo el mandato británico, junto con sectores empresariales, medios de comunicación y una parte de los intelectuales y capas medias urbanas. Por otro lado los Hermanos Musulmanes, que han sido aislados y marginados hasta el extremo de su ilegalización. La polarización se plantea entre milicia y cofradía, entre el poder militar y la organización y estructura de los Hermanos Musulmanes, y esta fractura deja sin voz a numerosas clases urbanas, profesionales y jóvenes insatisfechos con el devenir de los acontecimientos. Pero la realidad del país es otra. La expresión de los manifestantes favorables al general Abdelfatah al Sisi cuando se enfrentan a los partidarios del depuesto Morsi: «Nosotros somos un pueblo y vosotros otro», además de pecar de un reduccionismo simplista es ajena a la diversidad de la sociedad egipcia.

Con esta polarización social y política no podía llegarse a elaborar y aprobar una Constitución de consenso como en Túnez. El texto constitucional establece que «los principios de la *sharía* islámica son la fuente principal del legislador».

En cualquier caso la principal novedad constitucional está en la prohibición de partidos políticos de base religiosa o que tengan una naturaleza militar o cuasi militar, con lo que se elimina la posibilidad de que los Hermanos Musulmanes puedan existir como organización política. Con ello se ilegaliza a la que ha mostrado ser la mayor organización política del país. Las Fuerzas Armadas se fortalecen y se protegen sus intereses. El presupuesto militar queda fuera del control político y depende exclusivamente del Consejo Nacional de la Defensa Nacional.

Mientras en la calle se producen huelgas en múltiples sectores: la industria textil, los transportes públicos, la sanidad e incluso en la policía. Es en estos ámbitos donde el nuevo régimen del mariscal Al Sisi debe demostrar sus capacidades: desarrollo de los sectores económicos, creación de trabajo y oportunidades para los jóvenes y consolidación de los servicios públicos básicos.

Papel de los actores externos

Los procesos de transición vividos en el ámbito nacional con suerte diversa han tenido importantes consecuencias geopolíticas en el conjunto de Oriente Medio. No cabe sorprenderse por ello, por el contrario es la consecuencia de la importancia de los acontecimientos vividos tras más de tres años en los que se han reactivado todas las tensiones: las de corte sectario entre chiíes y suníes, las de carácter étnico entre el mundo árabe y el mundo persa, entre corrientes enfrentadas dentro del amplio espectro del sunismo y, lo que es más relevante, el choque entre los regímenes autocráticos, que se ven amenazados, y los incipientes movimientos democráticos que tratan de abrirse paso en una región gobernada durante décadas, desde el acceso a su independencia, por el autoritarismo y la dictadura.

La pregunta que debemos hacernos es si puede abrirse paso la democracia en un mundo árabe-musulmán hasta ahora autoritario e incluso despótico. La respuesta es sí y el ejemplo es Túnez.

Pero el país clave en la nueva geopolítica de la zona, respetando el enorme peso de Egipto, es Siria que se ha convertido en la clave de Oriente Medio, con enormes implicaciones para potencias regionales como Turquía, Arabia Saudí e Irán.

Siria no ha querido aprender ninguna lección de los procesos seguidos en otras «primaveras» y su presidente Bashar al Asad, en el poder desde el 2000, se ha atenido al manual heredado de su padre: represión dura y mantenimiento del poder sin concesiones.

Las «primaveras árabes» han servido para que Francia tenga una renovada implicación en la zona. Así en el caso de Libia, quizás queriendo hacer olvidar su ceguera y ausencia en el caso de Túnez, actuó con determinación y liderazgo. A su vez EE.UU. ha probado con éxito en Libia su posición de dirigir desde atrás. Dejando el primer plano a los países europeos más comprometidos con la zona que no son otros que las antiguas potencias coloniales.

Todas las potencias regionales en la zona están aprovechando el momento para reforzar sus posiciones, crear cortafuegos y rediseñar sus alianzas.

Turquía tiene en su vecina Siria la oportunidad de mostrar su peso en la región y fijar áreas de influencia en un vigoroso pulso con las otras dos potencias con interés estratégico en la zona como son Irán y Arabia Saudí. La dinastía Saud es consciente del nuevo juego que se inicia en Oriente Medio tras los acuerdos alcanzados con Teherán para el uso pacífico de su potencial nuclear. Arabia Saudí actúa como firme baluarte contra la oleada revolucionaria como ha demostrado con su intervención en Bahrein, al tiempo que pugna por mantener su posición como potencia regional. Tanto Turquía como Arabia Saudí ofrecen sus modelos políticos islamistas como regímenes estables frente a eventuales dictaduras civiles.

La Liga Árabe ha actuado a lo largo de este periodo y se ha dotado de un renacido protagonismo. En el caso de Libia apoyó la Resolución de Naciones Unidas de la que derivó la intervención armada que puso fin al régimen del Gadafi. Ha expulsado de la organización a Siria que era país fundador por sus reiteradas agresiones a la población civil. Ha aprobado una batería de sanciones económicas contra Siria ante su negativa a aceptar observadores internacionales para proteger a la población civil, con el voto en contra de Irak y Líbano.

En el seno de la Liga Árabe son los monarcas los más activos como es el caso del rey de Jordania que ha pedido reiteradamente a Asad que abandone el poder y haga posible una transición pacífica. En general la Liga Árabe, con sus monarcas al frente, ha tratado de evitar rupturas revolucionarias propiciando procesos de reforma sin ruptura política.

Pero las implicaciones geopolíticas de las «primaveras árabes» alcanzan al conjunto del Oriente Medio que está modificando posiciones de enorme alcance. En este sentido el hecho de mayor relevancia ha sido el consenso alcanzado con Irán en el llamado Plan de Acción para reorientar su programa nuclear, que entró en vigor el 20 de enero de 2014.

Irán ha congelado ciertas actividades de su plan nuclear, las encaminadas a dotarse en un futuro de armas nucleares y solamente puede enriquecer uranio limitado al 5% de pureza, a cambio de levantarse las sanciones económicas que habían condenado al país al ostracismo internacional. La negociación se ha llevado con los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, más Alemania y la UE.

Tras tres décadas de grave tensión y fuertes enfrentamientos, el acuerdo alcanzado supone un acercamiento clave entre Washington y Teherán que afecta a los equilibrios en Oriente Medio y no es visto con sosiego en Arabia Saudí. Irán está cambiando y ya no tiene en su horizonte estratégico un enfrentamiento con EE.UU. Es más, a pesar de la opinión generalizada que atribuye a Rusia el éxito diplomático relativo a Siria, Irán insiste con fundamento que fueron ellos quienes convencieron a Damasco para que aceptase la propuesta de destruir su arsenal químico evitando una

intervención militar de la comunidad internacional y una escalada irreversible del conflicto.

En definitiva, con distinta perspectiva pero tanto Rusia como EE.UU. quieren integrar a Irán en un nuevo sistema de seguridad regional. Europa es un testigo interesado pero se limita a jugar un papel de segundo orden. Las potencias regionales como Turquía y Arabia Saudí tratan de mostrarse como actores relevantes en la zona. Todo ello constituye un ejemplo de profundos cambios geopolíticos de largo alcance que se están operando en la trastienda de las «primaveras árabes».

También en Irak se sienten los efectos de las primaveras árabes, en especial el contagio sirio. El primer ministro Nuri al Maliki, calificado a veces de títere de Irán, no ha logrado encauzar la reconciliación nacional y la estabilidad del país para su recuperación económica y se ha visto apartado de poder.

La situación de partida para Irak es dramática, la reconstrucción y reconciliación debe hacerse desde los escombros porque Paul Bremer, el administrador americano tras la caída de Sadam Hussein, demolió su régimen con la política de «desbaasificar», una política similar a la seguida en Alemania tras su derrota en 1945. Expulsó del sistema de seguridad y Fuerzas Armadas a más de un millón de hombres experimentados. Esta depuración política está en la raíz de la extrema vulnerabilidad del país, que se alimenta de las tensiones confesionales entre suníes y chiíes y las étnicas entre árabes y kurdos, incrementadas en una situación de desgobierno.

El combate de los suníes de Irak ha desbordado el ámbito nacional y se proyecta en un escenario geopolítico más amplio. Para ellos el enemigo no es solamente el primer ministro iraquí sino el nuevo eje chií que configuran Damasco-Bagdad-Teherán.

El nuevo Egipto del mariscal Al Sisi vuelve discretamente su mirada hacia Rusia, como pone de manifiesto el acuerdo alcanzado para la venta de armamento a las autoridades cariocas y su visita a Moscú para avanzar en la cooperación bilateral, así como el apoyo del presidente Putin a la candidatura del mariscal a la Presidencia de la República. Todo ello con el aplauso ciudadano que apoya esta recuperación de la amistad con Rusia.

No cabe olvidar que por un lado EE.UU. y Europa y por otro Rusia está en un enfrentamiento sordo pero hondo que se asemeja mucho a una nueva Guerra Fría, como se pone de manifiesto en zonas de vecindad como Siria y, con especial intensidad en la crisis de Ucrania.

La Unión Europea, más allá de mostrar su apoyo a las «primaveras árabes» y congratularse por los éxitos de cambio y estabilidad alcanzados en algunos países, no ha elaborado una estrategia de largo alcance y se ha movido a remolque de los acontecimientos. Sin embargo las razones

para una mayor implicación son numerosas. Razones que empiezan por nuestra vecindad geográfica y siguen en nuestros antecedentes históricos coloniales y los actuales movimientos migratorios que se traducen en la presencia de importantes comunidades de esos países en territorio europeo (la comunidad musulmana en Europa se sitúa en el entorno de 13 millones de personas).

Europa, la Unión Europea a través de sus instituciones, sostiene un apoyo teórico al proceso democratizador. Está a la espera de que un islamismo moderado sea el protagonista de la estabilidad política y frene el auge de un radicalismo yihadista. La Unión Europea ha respirado con alivio al verse liberada de seguir un diálogo, cada vez más incómodo, con unos dictadores que habían bloqueado la transformación y modernización de las sociedades y pisoteaban con arrogancia los derechos humanos. Pero la Unión Europea tiene una enorme tarea: rediseñar su política hacia estos países, crear instrumentos sólidos y creíbles de cooperación en el marco de una vecindad reconocida y estable, que incluya una respuesta a los flujos migratorios.

Por lo que respecta a EE.UU. muestra sus recelos sobre el proceso de transición y no descarta el temor a que las «primaveras árabes», en una segunda etapa, puedan llegar a replantearse su posición sobre el conflicto palestino-israelí, cuestión central para la seguridad y estabilidad en Oriente Medio. Por ello es vital la posición del Ejército en Egipto, garante de la paz con Israel. Israel está al fondo, en el horizonte final sobre el que se proyectan las sucesivas imágenes que se van produciendo en las «primaveras árabes», en definitiva es el eje que marca las posiciones y compromisos de EE.UU. en la zona.

Conclusiones y perspectivas

El proceso de cambio impulsado por la movilización ciudadana que hemos llamado «primaveras árabes» sigue su curso conforme a su naturaleza profunda, proceso de larga duración, en demanda de derechos políticos, libertades ciudadanas y reformas sociales y económicas. Su impulso de transformación, inédito en el mundo árabe-musulmán, no ha concluido, se mantiene abierto, si bien ha mostrado en muchos países límites difíciles, por el momento, de traspasar.

Las autocracias generalizadas en el mundo árabe han mostrado más fragilidad de la prevista, pero tampoco los gobiernos surgidos en largos procesos de transición han consolidado su estabilidad y realizado cambios en profundidad.

Hemos visto un buen camino de diálogo y consenso en Túnez, sin duda el mejor ejemplo de éxito del que se pueden aprender lecciones para el futuro.

Por el contrario tenemos casos desesperanzados. Es el caso de Libia, que a su conflicto interno suma la carencia de estructuras de Estado porque el dictador Gadafi nunca quiso construir un poder basado en estructuras racionales sino manejar personalmente la diversidad tribal. El control del petróleo (70° del PIB) enfrenta al Gobierno central con los líderes locales y milicias armadas que bloquean varios puertos. Ni el Gobierno ni el Congreso Nacional General detentan una autoridad reconocida y un control efectivo en el conjunto del país que sufre la persistencia de las divisiones tribales. En este contexto de desgobierno y fragmentación se necesita consensuar un texto constitucional.

Las monarquías autoritarias tienen un largo recorrido para profundizar en las tímidas reformas que han iniciado, incluso en Marruecos que ha realizado un esfuerzo y dado pasos positivos, su sistema de gobierno tiene pendiente la tarea de reformar el entramado próximo a Palacio, ordenar el sistema de gobierno y completar las reformas relativas al régimen de la mujer y el derecho de familia, al tiempo que su crecimiento económico pueda favorecer al conjunto de la población no solamente a los sectores tradicionales.

La monarquía de Arabia Saudí es la que más inquieta y profundamente incómoda se ha sentido con este proceso que se ha iniciado en el mundo árabe. Además de su renovación interna debe afrontar la aparición de un liderazgo regional nuevo y muy activo representado por el Emirato de Catar.

En Egipto, país de enorme peso, la revolución de 2011 que llevó por primera vez en su historia a ver a un civil elegido en las urnas presidente de la República, se cierra un ciclo de tres años retornando a la casilla de salida. El nuevo régimen del mariscal Al Sisi tiene hercúleas tareas pendientes: debe integrar a quienes ha excluido como «terroristas» y que suponen un importante porcentaje de la sociedad, necesita aunar al conjunto de la sociedad y evitar una polarización, carece de un modelo de desarrollo social y económico que ofrecer a la población, en especial a los jóvenes urbanos, y todo ello no casa bien con la Constitución de que se ha dotado.

En este contexto de procesos abiertos, de fragilidad política, de esperanzas frustradas en parte, de posturas distanciadas, la clave política será el pulso entre el islamismo y el secularismo. Si se logra equilibrio habrá democracia y estabilidad. Porque no hay que olvidar que pervive un yihadismo extremo que seguirá utilizando la violencia y que constituye un peligro para la estabilidad en la zona.

Pero tras las «primaveras árabes» nada será igual en el mundo árabe-musulmán. El pasado se ha ido y se ha ido para siempre. El proceso que se ha abierto sigue su curso y se ha entrado en otra etapa de la siem-

pre difícil historia de este ancho mundo que va desde el Mediterráneo al golfo pérsico y al Asia Central.

Nada ha concluido, por el contrario todo está abierto. Un nuevo mundo árabe-musulmán se ha puesto en movimiento, con pasos inciertos, con grandes interrogantes, pero el bloqueo que habían construido las autocracias se ha roto y el futuro ya no podrá ser la repetición del pasado, será un camino a recorrer en busca de la dignidad.

Cronología de las primaveras árabes

- 17/12/2010. Mohamed Bouazizi se inmola en Sidi Bouzid, Túnez.
- 15/01/2011. El Abidine Ben Ali es derrocado en Túnez.
- 25/01/2011. Gran manifestación en El Cairo contra el presidente Hosni Mubarak.
- 11/02/2011. Hosni Mubarak es obligado a abandonar el poder tras 30 años.
- 27/02/2011. Se generalizan las revueltas en Jordania, Yemen, Bahreín, Siria y Libia.
- 17/03/2011. El Consejo de Seguridad de la ONU aprueba la Resolución 1973 sobre Libia.
- 20/10/2011. Ejecución sumaria del líder libio coronel Gadafi.
- 23/10/2011. Celebración de las primeras elecciones libres en Túnez.
- 12/11/2011. La Liga Árabe suspende la participación de Siria en la Organización.
- 23/11/2011. Alí Abdelá cede el poder en Yemen a cambio de la inmunidad.
- 17/06/2012. Es elegido por primera vez un presidente civil en Egipto, Mohamed Morsi.
- 27/01/2014. Aprobación parlamentaria de la nueva Constitución en Túnez.
- 03/06/2014. El Mariscal Al Sisi es elegido presidente de Egipto

Bibliografía

- Tahar Ben Jelloun. *La primavera árabe*, Alianza, Madrid, 2011.
- Albert Garrido. *La sacudida árabe*, Icaria Editorial, Barcelona, 2013.
- El Houssine Majdoubi. *Revolución por la dignidad en el mundo árabe*, Icaria Editorial, Barcelona, 2012.
- Luís Bassets. *El año de la revolución*, Taurus Editorial, Madrid, 2012.
- Sami Naïr. *¿Por qué se rebelan?*, Clave Intelectual, Madrid, 2013.
- Alaa al Aswany. *Las claves de una revolución inevitable*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2011.